

## XX ANIVERSARIO DE LA DEMOCRACIA EN LA ARGENTINA: UN RECUENTO DE LA EXPERIENCIA AUTORITARIA A LA CONSOLIDACIÓN DEMOCRÁTICA

HORACIO VIVES SEGL\*

Licenciado en Ciencia Política por el Instituto Tecnológico Autónomo de México.

### SUMARIO:

- I. Introducción.- II. Antecedentes básicos: la última presidencia de Perón y el gobierno de Isabel.- III. El golpe militar del 24 de mayo de 1976 y el Proceso de Reorganización Nacional.- IV. Transición por colapso y la elección del 30 de octubre.- V. El alfonsínismo: (des)ilusiones iniciales de la democracia.- VI. ¿Menemismo o truenante?.- VII. De la Rúa, la crisis de diciembre de 2001, Duhalde y Kirchner.- VIII. Conclusiones.

### I. INTRODUCCIÓN

El 10 de diciembre de 2005 se cumplieron veinte años del retorno de la Argentina a la democracia. Aniversarios como este representan una buena oportunidad para reflexionar sobre lo que ha ocurrido en la historia política contemporánea de la Argentina: su peculiar transición a la democracia, los difíciles momentos que ha tenido que sortear en aras de su consolidación, la transformación del Estado y de la sociedad, así como el balance de los resultados hasta ahora obtenidos. Y tal vez lo que aún sea más importante: la reiteración de la convicción democrática como la mejor de gobierno y de convivencia social posible. El presente texto tiene como propósito hacer un recuento analítico de los distintos procesos que han sido claves en la construcción de la Argentina de hoy, en un momento en que, como hace veinte años atrás, el país le apuesta a la superación de una crisis -ciertamente de muy distinta naturaleza - pero de ninguna manera de baja intensidad. Se trata, adicionalmente, de celebrar el que hasta ahora es el período democrático más largo que se ha experimentado en la historia argentina, desde que el golpe militar de 1930 sometió al país a ciclos pendulares de gobiernos constitucionales alternando periodos con gobiernos militares.

### II. ANTECEDENTES BÁSICOS: LA ÚLTIMA PRESIDENCIA DE PERÓN Y EL GOBIERNO DE ISABEL

Para poder ilustrar el punto de inflexión que representó el 10 de diciembre de 1983 en la historia política argentina, es pertinente hacer algunas referencias -así sean mínimas- de contexto al entorno político, económico y social que imperaban en el país y que dieron lugar a la dictadura militar que inició en marzo de 1976.

Tras el colapso de la experiencia militar resultante del golpe del 28 de junio de 1966 encabezado por Juan Carlos Onganía por el que fue depuesto el presidente radical Arturo Illia, el país asistió en 1973 a un nuevo y sucinto ciclo de normalización institucional. Se levantaba entonces la proscripción (de 18 años) al peronismo, que pudo participar en comicios tras la larga veda electoral que se le impuso, y en las que consiguió una victoria holgada con el retorno del

\* El autor tiene publicaciones como colaborador, coeditor o autor en libros, periódicos y revistas académicas nacionales e internacionales. Actualmente es doctorado en Ciencia Política por la Universidad de Bolzano, en Innsbruck, Austria.

líder del movimiento y del Partido Justicialista. Tras un breve período -del 25 de mayo al 12 de octubre- en el que el delegado personal de Perón (Héctor Cámpora) y el presidente de la Cámara de Diputados (Raúl Lastiri) asumieron la Presidencia de la Nación, finalmente el 12 de octubre de 1973 Juan Domingo Perón ocuparía, por tercera vez, el Sillón de Rivadavia. Corta sería esta última estadía de Perón como presidente de los argentinos. Sin haber cumplido siquiera un año al frente del gobierno, Perón falleció el 1 de julio de 1974. Las elevadas expectativas que algunos tenían en el retorno del antiguo caudillo para conducir el destino del país, quedaron así materialmente nulificadas.

Tras la muerte de Perón, asumió su vicepresidente -y viuda- María Estela Martínez de Perón. La dejaba al mando del gobierno, sin posibilidad alguna de "heredarle" las mínimas herramientas políticas necesarias para la conducción del Estado argentino, que atravesaba en esos momentos difíciles problemas por resolver. Así, Martínez de Perón -también conocida como Isabel, nombre artístico que adquirió desde su juventud- absolutamente rebasada por la situación económica, política y social del país, se encontraba nominalmente al frente del gobierno, más en los hechos, delegó las tareas ejecutivas en ministros y favoritos, particularmente en José López Rega (al frente de la cartera de Bienestar Social y secretario privado de Perón). Los acontecimientos que ocurrieron desde el fallecimiento de Perón hasta el golpe militar contra Martínez de Perón, son de tal manera complejos, que es difícil no perderse en el laberinto de su sucesión. En efecto, los actores involucrados, las redes de alianzas, los intereses y los matices, por su grado de complejidad, hacen extraordinariamente difícil el solo hecho de reflejar fielmente la situación por la que atravesaba la Argentina en la etapa anterior al golpe de 1976. Con la reserva del caso, se tratará de dar al lector un breve mapa sobre la situación del país previa al golpe, so riesgo de ser excesivamente reduccionista en el análisis.

En mayo de 1973, se implementó una política económica que buscaba encontrarle soluciones al momento crítico que atravesaba la Argentina. El entonces denominado Programa de Reconstrucción y Liberación Nacional (PRLN), no era del todo muy diferente a los diferentes programas de choque -ni a los anteriores, ni a los que vendrían- con los que el Estado argentino ha tratado de solucionar uno de sus problemas -ese sí, parece que perenne- de fondo: la puja distributiva entre diversos sectores por maximizar sus intereses económicos. Por analogía, los resultados del PRLN no serían, por otra parte, muy diferentes a otras experiencias de *shock*, es decir, se presentarían algunos éxitos iniciales en algunos indicadores, así como la semilla que sería la detonante de futuros conflictos.<sup>1</sup>

En el terreno político y social, la situación no era menos dramática ni compleja. Juventud Peronista, la organización Montoneros y el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) fueron actores importantes de una época en la que la sociedad argentina asistió al surgimiento de una cultura política signada por la violencia y la trasgresión. Era, a la vez, herencia y consecuencia de las traumáticas experiencias autoritarias hasta entonces acumuladas.<sup>2</sup> Es difícil trazar la línea

<sup>1</sup> Paradoxalmente, el PRLN logró frenar la exponencial inflación de 1972 y algunos otros indicadores positivos se dieron, tales como el incremento del salario y el gasto del gobierno generó algún dinamismo en la economía que se encontraba estancada. Sin embargo, todavía no terminaba el año 1973 cuando ya se manifestaban las señales inequívocas de una futura tormenta. Fueron señales tanto domésticas (como la reaparición del fenómeno inflacionario), como internacionales (el incremento del precio del petróleo que dio lugar a la crisis energética del 73, o el encarecimiento de las importaciones). Estas condiciones fueron suficientes para que los distintos sectores demostraran cuán lejos estaban de mantener el status económico del peronismo. Por una parte, el aparato sindical, encabezado en torno a la Confederación General de los Trabajadores (la CGT), tuvo un rango de acción acotado, ya que su probada estrategia (la de golpeo y negociación sin compromiso) era la más habitual contra gobiernos diferentes al peronismo, por lo que en aquella ocasión, no podían ir abiertamente al enfrentamiento, mientras que los empresarios, unidos en la Confederación General Económica (la CGE), realizarían su propia: exportaciones clandestinas, desabastecimientos, fuga de capitales privados, etc. ALBERTO ROMERO, Luis. *Breve Historia Contemporánea de la Argentina* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2001), pp. 195-200.

<sup>2</sup> Como en otras regiones de América Latina, en la Argentina fueron tomando fuerza organizaciones guerrilleras tras la génesis de la Revolución Cubana y el envío provocado por las actividades del argentino Ernesto "el Che" Guevara en Cuba y Bolivia. En la

que divide la abundante zona de grises en la que se vieron involucrados el Estado con el gobierno y el partido peronistas, así como la red e intensidad de las alianzas temporales y las coaliciones realizadas por los actores involucrados en el periodo. *Grasso modo*, se señala que Montoneros y Juventud Peronista tuvieron una gran ductilidad para compaginar las violentas actividades clandestinas (realizadas por los primeros), con las labores hechas a la luz pública, que efectuaba la Juventud Peronista. Para complejizar aún más el mapa, ambas organizaciones, que constituían la llamada "Tendencia Revolucionaria" del peronismo, entraron en abierta confrontación contra cuadros de derecha y sindicalistas, todos ellos en pugna para disputarse a Perón, su tradición y sus recursos políticos.<sup>2</sup> Por su parte, el Ejército Revolucionario del Pueblo, al margen de cualquier arreglo institucional democrático y escéptico de la capacidad de transformación revolucionaria del peronismo, salvo breves periodos de latencia, mantuvo su acción guerrillera (principalmente contra objetivos militares).

La muerte del líder y presidente de la Nación (julio de 1974), contribuyó a precipitar el deterioro de aquel gobierno peronista. Martínez de Perón, absolutamente superada por la crisis económica, política y social -llegó inclusive en uno de los momentos más álgidos a solicitar una licencia en el cargo y fue remplazada por el presidente del Senado, Ítalo Luder, y volvió prácticamente solo para presenciar su deposición por los militares- sin capacidad alguna para poder enfrentar la anarquía que asolaba al país, intentaría algunas acciones desesperadas para mantener su gobierno. Para enfrentar, otra vez, la dramática crisis económica, el 2 de junio de 1975 el ministro de Economía, Celestino Rodrigo -asociado políticamente a la camarilla de López Rega- dio a conocer las medidas de emergencia. El plan económico, conocido popularmente como "rodrigazo", contempló una devaluación que duplicó el valor de la divisa estadounidense frente a la moneda argentina, a la vez que dispuso incrementos de combustibles y tarifas en un orden del cien por ciento o superiores. La respuesta del empresariado y del sindicalismo, nuevamente, no se hizo esperar. Vendrían un paro general y movilizaciones en la histórica Plaza de Mayo (aspecto ilustrativo de la gravedad de la situación, ya que como se mencionó, la CGT, contraria a toda su tradición, insertaba un duro golpe a un gobierno peronista que a esas alturas entraba en fase de terapia intensiva). Las presiones dieron resultado: López Rega, el poderoso ministro de Bienestar Social y el propio Rodrigo, tuvieron que renunciar a sus ministerios. Pero antes de abandonar la cartera de Bienestar Social, López Rega impulsaría desde allí -y aquí la segunda acción desesperada de Martínez de Perón para permanecer en el gobierno- la respuesta a las organizaciones guerrilleras, que por aquellos días del ocaso del gobierno peronista efectuaban notorios y cada vez mayores secuestros y asesinatos de personajes de diferente índole para financiarse y ganar (bajo el imperio de la violencia) mayor espacio público. Se gestaba así una suerte de "guerra de terrorismos". Frente al terrorismo de la guerrilla, el gobierno auspició la formación de aparatos parapoliciales (integrados por algunos cuadros del ministerio a las órdenes de López Rega, grupos sindicales y de la derecha peronista). Esa amalgama daría origen a la Acción Anticomunista Argentina, o la siniestramente celebre, Triple A. Con la decisión de Martínez de Perón de emplear al ejército para reprimir un brote guerrillero del EPR en la norteña provincia de Tucumán en febrero de 1975, se pondría en marcha el terrorismo de Estado para combatir al terrorismo guerrillero. La más horrorizante experiencia genocida sufrida en la historia de la Argentina y de cualquier régimen militar de los países en la región, estaba así anunciada.

versión verbalecta, tanto en el peronismo, como cobijados por la izquierda, emergieron distintos grupos, tales como las Fuerzas Armadas Revolucionarias (las FAR), las Fuerzas Armadas Peronistas y las Fuerzas Armadas de Liberación. A comienzos de la década de los setenta, insuccionan la vida pública las que serían las más relevantes: el Ejército Revolucionario del Pueblo (el EPR), inspirado en el ala trotskista del Partido Revolucionario de los Trabajadores, y Montoneros (de clara peronista). *Ibid.*, p. 200.

<sup>2</sup> Uno de los episodios más cruentos de esos enfrentamientos, se dio a la vuelta de Perón a la Argentina. El hecho quedó registrado en la historia como la matanza de Ezeiza, del 20 de junio de 1973.

## 1. El golpe militar del 24 de marzo de 1976 y el Proceso de Reorganización Nacional

La grave crisis económica, al imposibilidad política de idear una alternativa al desastroso gobierno de Martínez de Perón, así como el terror sembrado por las organizaciones guerrilleras y por la Triple A, generaron las condiciones adecuadas para que una Junta de Comandantes integrada por Jorge Rafael Videla (Ejército), Emilio Eduardo Massera (Marina) y Orlando Ramón Agosti (Aeronáutica), dieran el golpe militar por el que depusieron y arrestaron a la presidenta Martínez de Perón, sentando en el Sillón de Rivadavia al primero. La posibilidad de monopolizar la fuerza y restablecer el orden frente a la anarquía que imperaba en el país, hizo que el golpe militar contara con la aprobación de una porción significativa de la sociedad argentina, harta de la inseguridad social, la crisis de autoridad y el manejo de la economía. Para efectos de contexto, se mencionarán algunos aspectos que considero relevantes para ilustrar el período correspondiente a la dictadura militar argentina, que de ninguna manera pretenden dar cuenta de lo ocurrido durante siete años y ocho meses que fue prácticamente la duración del gobierno de facto, denominado eufemísticamente como Proceso de Reorganización Nacional (PRN).<sup>4</sup> En lo que pretendo poner énfasis, es en los rasgos propios de la dictadura argentina, así como en los acontecimientos que dieron lugar a su fracaso y posibilitaron la transición.

En primer lugar, habría que señalar el diagnóstico que las propias fuerzas armadas realizaron de la situación del país. Para las armas, la Argentina se encontraba enferma desde la raíz; los problemas de la sociedad se ubicaban, como un cáncer, en el seno mismo de la sociedad. Por lo tanto, era necesario un remedio de tan drástica magnitud, desde la cúpula militar, que fuera lo suficientemente eficaz para extirpar esa suerte de tumor que impedía curar el problema y que impregnaba a todo el tejido social.<sup>5</sup> Fue entonces que se tendría que poner en marcha una compleja mecánica administrativa que requirió de una numerosa burocracia para darle a la sociedad argentina, en etapas sucesivas, el remedio que las fuerzas armadas consideraron indispensable para su corrección: la masiva cadena de secuestros, detenciones, torturas y asesinatos clandestinos. Se multiplicarían a lo largo de toda la geografía nacional los centros clandestinos de detención, y los "vuelos de la muerte" se realizarían frecuentemente en la primera etapa del Proceso, sobre las aguas del Río de la Plata y del Océano Atlántico. La tristemente célebre categoría de detenido-desaparecido, se acuñaría en la Argentina. La magnitud del terrorismo de Estado y el genocidio al que los militares sometieron a la sociedad es, por mucho, el rasgo distintivo de la dictadura argentina 1976-1983. Otro aspecto característico de la dictadura argentina fue que en su diseño no se pensó en que fuera dirigida unipersonalmente -aquí en clara diferencia con la dictadura chilena de Pinochet- sino que la Junta de Comandantes en Jefe integrada por las tres armas sería la instancia suprema que incluso designaría a presidente de facto. Al cambiar a lo largo del Proceso al militar que encabezaría la jefatura de cada una de las tres armas, los naturales cálculos y ambiciones suscitaron fricciones entre ellos, que por momentos tuvieron picos importantes, de tal suerte que no se puede hablar de una conducción unívoca y homogéneamente dirigida a lo largo de todo el gobierno de facto.

Un siguiente aspecto a considerar, es el peso medular que en los militares tenían en el programa económico, por considerarlo un instrumento para validar, si la expresión cabe, su gestión y permanecer en el poder el mayor tiempo posible. De ahí la importancia de la designación de José Alfredo Martínez de Hoz -sostenido esencialmente por Videla, primer presidente de facto- y las expectativas depositadas en su programa económico. Para la conducción militar, la

<sup>4</sup> Dentro de la vastísima bibliografía que existe sobre la dictadura militar argentina, valga mencionar una reciente, muy exhaustiva y valiosa investigación de Marcos Novaro y Vicente Palermo, dentro de la colección *Historia Argentina*, dirigida por HALPERIN DONGHI, Tulio, *La Dictadura Militar 1976/1983. Del Golpe de Estado a la Restauración Democrática*, Buenos Aires: Paidós, 2003.

<sup>5</sup> La propaganda oficial de la dictadura en el sentido de mostrar a la Argentina como una tierra de paz y de enorme riqueza, una suerte de botín deseado por la subversión internacional, debe cuenta del "desafío" que enfrentaban las armas para poner al país en orden.

economía protegida y subsidiada por el Estado, en la que tradicionalmente se beneficiaban los sindicatos y los empresarios, daba lugar a una Argentina populista que era el caldo de cultivo ideal en el que abrevaba la subversión. Entre los propósitos generales del programa del ministro Martínez de Hoz, se encontraba el frenar la alta tasa de inflación, por lo que hacia 1977 fue puesto en práctica un programa que contemplaba una reforma financiera que se centró en la desestatización de los depósitos bancarios y del sistema de créditos. Se trataba de una medida que buscaba que la tasa de interés fuera fijada por el mercado, y que las empresas, tanto públicas como privadas, recurrieran a él. Se realizó una reforma arancelaria que abrió las importaciones y también se estableció un tipo de cambio prefijado a finales de 1978 que empezó en diez por ciento y que gradualmente iría disminuyendo hasta llegar a cero (la medida se terminó conociendo popularmente como "la tablita"). Los resultados de Martínez de Hoz -como sería recurrente en los programas de shock realizados por los distintos gobiernos argentinos- fueron, una vez más, mixtos. La combinación de las diferentes medidas provocaría, al paso de los siguientes meses, un nuevo desajuste en la economía nacional. Aunque, por otra parte, se reconocen algunos éxitos iniciales en el programa económico de la primera etapa de la dictadura (Martínez de Hoz fracasó en su intento por controlar sostenidamente la inflación, aunque, ciertamente, tuvo buenos momentos como los primeros meses del año 1980 en que la inflación estuvo en el orden del cuatro por ciento). El conjunto de medidas adoptadas provocaría al poco tiempo un nuevo deterioro en la vapuleada economía del país. Hacia finales de 1980 y principios de 1981, se puede identificar, como lo han señalado Novaro y Palermo, el punto de inflexión en el proyecto Videla-Martínez de Hoz. Señalan los autores que en ese período se fue potenciando la crisis en que naufragaría definitivamente, junto al programa de Martínez de Hoz, el sueño más preciado de Videla, y al que dedicó buena parte de sus módicas energías en los dos últimos años, que era construir las fuerzas de un nuevo sistema político sobre la base del éxito de su gestión.<sup>6</sup>

El desenlace: al hacer agua el programa económico de Videla y Martínez de Hoz, se darían entonces las condiciones para que ambos dieran un paso de costado para pasar a la etapa de Roberto Viola al frente del PRN. El breve paso de Viola por la Casa Rosada (del 29 de mayo al 11 de diciembre de 1981) estuvo caracterizado por el recrudecimiento de la crisis económica (a pesar de que el slogan del programa económico era afirmar: "el que apueste al dólar, pierde"). Algunos hechos: la cotización del peso se deterioraba cada vez más, se pronunció la recesión, aumentó la deuda externa, al igual que el desempleo y la inflación. Las fricciones, por otra parte, en la cúpula militar, también iban en aumento. El resultado: Viola fue depuesto y remplazado por Leopoldo Galtieri, tercer presidente de facto, que inició su período el 22 de diciembre de 1981. Es durante su paso por la Casa Rosada, que se sellaría definitivamente la suerte del PNR, producto de la alternativa delirante que el dictador decidió para tratar de restablecer los signos vitales en el cadáver en que se había convertido a esas alturas la dictadura argentina: la invasión militar de las Islas Malvinas. Este es otro de los rasgos particulares de la dictadura militar argentina que claramente la diferenciaron de otras experiencias militares de la región: el haber entrado en guerra contra una potencia militar extranjera, la Gran Bretaña.<sup>7</sup>

La cuestión de Malvinas - junto con el tema de los derechos humanos, por supuesto- fue la variable que le dio el tiro de gracia al Proceso. Ambos temas constituyen, ciertamente, los aspectos

<sup>6</sup> NOVARO, Marcos y PALERMO, Vicente. *La Dictadura Militar 1976/1983. Del Golpe de Estado a la Restauración Democrática*, Buenos Aires, Paidós, 2003, p. 334.

<sup>7</sup> Ciertamente, la Argentina estuvo a punto de entrar en un conflicto militar (internacional) en 1978 con Chile. El motivo: diferencias con el país vecino por la zona del canal del Bongo. El origen del problema era la posesión de tres islas que dominaban el paso por el canal que une a los océanos Pacífico y Atlántico. Desde 1971, los pesaibantes argentino-Alejandro Lanusse, y chileno, Salvador Allende acordaron someter el conflicto a arbitraje, y en 1977 el leudo británico que favoreció a Chile, motivó que se desataran las hostilidades. La oportuna actuación del cardenal Antonio Sarró: hizo que las partes en conflicto aceptaran la mediación del Vaticano, quien finalmente dirimió la cuestión. Así, el ímpetu beligerante de los dictadores argentinos, cambió de objetivo: se desplazaba de Chile a Inglaterra.

sobre los que más se ha escrito, investigado y analizado del régimen militar. Baste señalar aquí los principales hechos cronológicos de la fatídica experiencia. Las islas estaban ocupadas por los ingleses desde 1833. El 19 de marzo de 1982, con la excusa de desmontar una factoría ballenera, la Armada argentina desembarcó en las Georgias del Sur a un grupo de operarios e izó el pabellón blanco y celeste. La reacción del gobierno de Margaret Thatcher no se hizo esperar: tras asegurarse la complaciente neutralidad -¿tácito apoyo?- del gobierno estadounidense, un buque de guerra y submarinos atómicos se trasladarían a la región. El 2 de abril tropas argentinas desembarcaron en Puerto Stanley (que sería rebautizado como Puerto Argentino).<sup>8</sup> Acto seguido, al día siguiente, las Naciones Unidas en el seno del Consejo de Seguridad, determinaron el retiro de las fuerzas argentinas de las islas. Los días posteriores fueron de infructuosa negociación por parte de Alexander Haigh, secretario de Estado norteamericano y de engañosos informes por parte de los militares en el sentido de que el balance para la Argentina en el teatro de operaciones de guerra era inequívocamente favorecedor. El 2 de mayo, se produjo el artero ataque de un submarino nuclear inglés que torpedeó al crucero general Belgrano situado fuera de la zona de guerra, y que produjo solamente ahí un saldo de más de 300 muertos. El 4 de mayo, aviones de la Marina argentina hundieron un destructor inglés. Nuevamente, la diplomacia vaticana se haría presente: después de visitar Inglaterra, el Papa Juan Pablo II llegó a la Argentina. Finalmente, el 14 de junio, el general Mario Benjamín Menéndez firmó la rendición en Puerto Argentino. Saldo final de la guerra: más de 700 muertos o desaparecidos y prácticamente mil 300 heridos. Galtieri, vilipendiado hasta lo indecible, tuvo que presentar su renuncia tres días después, el 17 de junio. Lo sucedió el 1 de julio el general Reynaldo Benito Bignone, cuya tarea principal fue la de preparar la retirada de los militares.

El último gran tema de sobre la dictadura argentina es el de los derechos humanos. En la medida en que se fueron multiplicando exponencialmente los secuestros clandestinos y los detenidos empezaron literalmente a desaparecer (en algunos casos, lo más que se tenía era la fecha y el posible centro de tortura al que fuera dirigido un secuestrado), la presión de la sociedad fue incrementándose para resistir el terrorismo de Estado ejercido por los militares. Dentro de los esfuerzos de organización realizados, destaca por su tenacidad y su sistemática lucha, la agrupación de las Madres de Plaza de Mayo.<sup>9</sup> El régimen militar estaba más dispuesto a tolerar discusiones y disensos en la política económica, no así en el terreno de los derechos humanos.<sup>10</sup> Los horrores del terrorismo sistemático de la dictadura argentina empezaban a tener resonancia más allá de la geografía nacional. En septiembre de 1977 el presidente de los Estados Unidos, James Carter manifestó al general Videla su preocupación por la violación de los derechos humanos. La Organización de Estados Americanos hizo lo propio. Una delegación de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (dependiente de la OEA) visitó el país entre el 6 y el 20 de septiembre de 1979. Este hecho marcó un punto de inflexión en la difusión de las violaciones de derechos humanos, ya que la manifestación y encuentro de familiares y organizaciones que denunciaron y testimoniaron los abusos experimentados ante la CIDH rebasó los márgenes de

<sup>8</sup> Si ha habido un viraje de 180 grados en el futuro de la sociedad argentina, fue justo en ese momento. Me explico. Solo tres días antes del desembarco en Puerto Argentino, el 30 de marzo, la CGT había convocado a una manifestación contra el gobierno. El saldo de la represión: un muerto y decenas de heridos. Se trataba de uno de los momentos de mayor tensión para repudiar al régimen militar. No habían transcurrido 72 horas, cuando multitudes condecoradas y atacadas por la fuerza nacionalista, inundaron entusiasmadas desde la Plaza de Mayo hacia todo el país, la efusiva por la recuperación de las Malvinas.

<sup>9</sup> Otra organización similar sería la de las Abuelas de Plaza de Mayo. Aquí el enfoque es otro de los rostros del terrorismo militar: el tratar de recuperar a los bebés de las madres detenidas que nacieron en cautiverio y que fueron entregados en adopción. Ambas organizaciones, desde hace 25 años, continúan realizando semanalmente todos los jueves una marcha en Plaza de Mayo. Se trata de mantener vigente lo que Vicente Palermo ha denominado como "memoria fijada". Vicente Palermo, *Memoria y política: repensar, guerra y relato democrático*, ponencia presentada en el Seminario Internacional organizado por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales ( sede Argentina), *Veinte Años de Democracia en Argentina. Se historia a la luz de las ideas que le dieron forma*, Museo Nacional de Bellas Artes, Buenos Aires, 16 al 18 de octubre de 2003.

<sup>10</sup> La propaganda oficial de "los argentinos somos derechos y humanos", ilustraba la posición del gobierno.

lo que el gobierno hubiera querido que se percibiera. La CIDH confirmó positivamente en más de 5 mil 800 casos la desaparición de personas cometidas hasta mayo de ese año. Al darse la debacle bélica de Malvinas, el gobierno militar de la postguerra entraba en la etapa de mayor deterioro. Inclusive hubo tratativas de la cúpula militar con algunos políticos civiles para arribar a un acuerdo que cerrara la cuestión de los derechos humanos. A la postre, los temores recíprocos entre peronistas y radicales por quedar excluidos de las tratativas con los militares para pactar las condiciones de la retirada de los últimos y de la transición, hicieron que la cuestión de los derechos humanos fuera un tema fundamental, de enorme peso -al igual que Malvinas- tanto en colapso del régimen, como en el diseño de la transición.<sup>11</sup> Era, pues, el tema de los derechos humanos el punto álgido con el que los militares amenazaban con abortar la mesa de negociación.

Esa era la situación al momento que Bignone debía definir los términos de la retirada militar y fijar fecha de celebración de elecciones. Su objetivo, evidentemente, era dejar lo mejor posicionado posible el desempeño de los uniformados durante los años de la represión para evitar revanchismos una vez reiniciada la era de gobierno civil. En medio, una vez más, de un entorno económico desfavorable -la inflación se encontraba por aquella época en el orden del 200 por ciento- el 28 de febrero de 1983, Bignone anunció elecciones para el 30 de octubre. En actos de suprema soberbia, cálculo político errado y desconocimiento sobre la propia capacidad real de poder en el mediano plazo, en abril de 1983, los militares entrieron un acta que remitía al juicio de Dios los errores cometidos desde el golpe de marzo de 1976, y el 23 de septiembre de 1983 Bignone firmó una ley que declaraba "muertos" a los desaparecidos y "actos de servicio" a la represión. El repudio no se hizo esperar. Con el análisis autocomplaciente del "Documento Final" y la a todas luces insuficiente ley de auto amnistía que se dieron los militares, desperdiciaron la oportunidad histórica de realizar, dentro de las propias filas y del ámbito de la justicia castrense, las purgas y acciones punitivas que los hubieran dejado, como institución, mejor posicionados una vez cruzado el umbral electoral y de la transición. Simplemente borrarón con el codo lo que -muy poco- escribieron con el puño. Con la justicia civil, a la postre, el costo a pagar por los uniformados sería mayor de lo que hubiera sido cuando todavía tenían oportunidad de hacerlo. Llegaría, entonces, la histórica jornada electoral del 30 de octubre que pondría fin a los años del terror.

### III. TRANSICIÓN POR COLAPSO Y LA ELECCIÓN DEL 30 DE OCTUBRE

Sobre la vasta literatura disponible que hay sobre las transiciones, me parece pertinente realizar rápidas acotaciones relativas al proceso argentino. En primer lugar y atendiendo a las clasificaciones más aceptadas, el caso argentino puede ubicarse dentro del casillero de una transición por colapso (el caso económico, el fracaso político y militar de Malvinas y la agitación social relativa los derechos humanos, dan cuenta cabal de ello). Para Guillermo O'Donnell, el tipo de transición depende de la naturaleza del régimen autoritario y la eficacia de su desempeño (hay un énfasis menor en la asumida linealidad en la que se circunscribe todo el proceso). En este sentido, el éxito de un régimen, particularmente medido en el terreno económico, es determinante para el grado de inclusión de los militares en el diseño de las instituciones al reinicio del periodo democrático (de ahí lo mal que les fue a los uniformados argentinos, si se les compara, por ejemplo, con el caso chileno, donde al dictador Pinochet le sería reconocida una senaduría vitalicia). La transición argentina, adicionalmente, al experimentar un colapso del régimen autoritario tan notable, se vio gráficamente beneficiada por lo que O'Donnell detectó como un inédito clima de

<sup>11</sup> Desde mediados de 1981 se constituyó la *Multipartidaria*, que era una organización que agrupaba a los dos principales partidos políticos tradicionales, la Unión Cívica Radical (UCR) y el Partido Justicialista (PJ), así como a otros partidos de menor alcance. Si bien en su formación la *Multipartidaria* no tuvo un poder descolante debido a la desarticularización y la debilidad en que se encontraban todos los partidos políticos, inclusive los dos mencionados de mayor peso y tradición, el paso del tiempo, y el deterioro del régimen provocado por Malvinas, hicieron que la *Multipartidaria* se transformara en una instancia política de diálogo y negociación central para definir el rol de los militares y el formato de la transición.

opinión pública muy favorable, activo con el que contaron tanto las reglas institucionales, como los actores que las pondrían en marcha. De ahí que el acto comicial tuviera tanto significado, ya que era propulsado por un estado anímico que iba más allá de la jornada electoral.<sup>12</sup> ¿Cómo llegarían, entonces, los protagonistas -los partidos políticos- a la jornada electoral del 30 de octubre?

Resulta natural que la proscripción a la que el Proceso condenó a la actividad político-partidaria, dejó a los todos los partidos, aún a los que histórica y tradicionalmente habían sido más sólidos, en una situación de extrema debilidad y precaria organización. Tras la formación de la Multipartidaria -de la que algo ya se habló en páginas anteriores-, el deterioro del gobierno militar, su inminente retirada y el llamado a elecciones, los partidos políticos tuvieron que (ciertamente en un periodo demasiado corto) ajustarse a la nueva situación para organizarse internamente, articular recursos, y llegar así a la mejor situación posible a la campaña electoral. Si bien no fueron los únicos contendientes en las elecciones de octubre de 1983, por la aplastante cantidad de apoyos y espacios que consiguieron, los dos grandes protagonistas de la contienda serían el radicalismo y el peronismo. He aquí una característica interesante dentro de las continuidades del sistema de partidos de la Argentina: antes de la dictadura militar, durante la transición y a lo largo de los veinte años de vida democrática que contiene en su haber el país, pero sobre todo, a pesar de las múltiples crisis sufridas, hay una suerte de subsistencia y recomposición del formato primordialmente bipartidista PJ-UCR.<sup>13</sup>

Retomando el punto de la situación de los dos partidos principales, por un lado, el radicalismo demostró organizarse de una manera más eficiente, a la vez que una serie de factores no planeados jugaron en su favor. Desde 1972, Raúl Alfonsín había creado una corriente dentro del radicalismo (el Movimiento de Renovación y Cambio) para disputarle la conducción del partido al líder histórico, Ricardo Balbín. Su actuación durante el Proceso de enérgica crítica hacia los militares, su reclamo sobre los detenidos-desaparecidos, y su bajo entusiasmo sobre la aventura de Malvinas entre otras posiciones, lo dejaron políticamente en una situación muy favorecedora al derrumbarse el régimen. Adicionalmente, la muerte de Balbín y del entonces último ex presidente radical, Arturo Illia, favorecieron el recambio generacional en la UCR, situación que dejaba en claro que hacia 1983 ya era el turno de la Renovación alfonsinista para conducir el partido. El devenir de los acontecimientos le permitió a Alfonsín imponerse ante los herederos del balbinismo y obtener así cómodamente la nominación de su partido a la Presidencia de la Nación, llevando como compañero de fórmula para las elecciones a Víctor Martínez.

En la otra vereda, para el peronismo particularmente el tiempo de ajuste y reorganización fue a todas luces insuficiente. No hubo una adecuada renovación generacional -aspecto no menor dentro de los cálculos del potencial electorado- ya que en sus filas se siguieron viendo a los caudillos provinciales y a los dirigentes sindicales de cuestionable prestigio. Sin una figura descollante para hacer frente a un proceso electoral de la magnitud que se avecinaba, y en un esfuerzo de encontrarle la cuadratura al círculo para tratar de expresar y equilibrar las viejas y las nuevas tendencias que tensionaban en las entrañas del peronismo, la candidatura justicialista recayó en Ítalo Luder.<sup>14</sup>

El desempeño en la campaña determinaría a un inequívoco triunfador. Alfonsín era percibido como un candidato sin compromisos con el pasado. Tenía un discurso integrador, de

---

<sup>12</sup> O'DONNELL, Guillermo, *Introducción a los tipos latinoamericanos*. En: O'DONNELL, Guillermo, SCHMITTER, Philippe y WHITEHEAD, Laurence, *Transiciones desde un Gobierno Autoritario* (Buenos Aires: Paidós, 1991).

<sup>13</sup> Aunque, por momentos como la elección presidencial de 2003, la afirmación podría ser matizada.

<sup>14</sup> Es, en efecto, aquel prestigioso jurista, con vasto poder político real que en su momento, en tanto presidente del Senado, reemplazó brevemente a la viala de Perón, cuando esta solicitó licencia como presidenta de la Nación.

reactivación de la economía y de abierta ruptura con la amarga y reciente experiencia militar. Su enunciación del Preámbulo de la Constitución, lo hizo posicionarse como una suerte de predicador laico, donde articulaba entusiastamente las transformaciones que la sociedad argentina requería. La defensa de las bondades de la democracia, tendría eco entre los electores.<sup>15</sup> Tal vez es por ello que la UCR pudo ganarse el apoyo de amplios sectores del electorado, porque era la propuesta que en mayor grado tendía a coincidir con la opinión pública en el sentido de olvidarse del pasado y de satisfacer las enormes demandas sociales, económicas y políticas de la sociedad argentina. Del otro lado, y a pesar de las adhesiones que jornada electoral tras jornada electoral se refrendan en la identidad partidaria peronista, el justicialismo fue incapaz de disipar las dudas y la desconfianza que despertaba en una amplia faja del electorado. Adicionalmente, el peronismo enfrentó la campaña de una manera que no era la adecuada para las circunstancias que exigía el momento. Esto es, como tradicionalmente lo habían hecho cuando se trataba de encarar al contrincante electoral, empleando el viejo estilo para denostar al candidato radical. La actitud de choque peronista se contrastaba con el perfil conciliador y civilizatorio que imprimió Alfonsín en su campaña. El tiro de gracia a la campaña peronista se lo dio el propio candidato justicialista a la gobernación de la Provincia de Buenos Aires, Herminio Iglesias<sup>16</sup> al quemar un ataúd que simbolizaba al radicalismo en el cierre de campaña del PJ. El recuerdo de los años de plomo, que la sociedad en su conjunto quería superar, volvió a la memoria de los argentinos. Llegaría la cita con las urnas: la fórmula radical Alfonsín-Martínez obtuvo más de 7 millones ó 50 votos, esto es, el 52 por ciento de los sufragios, relegando a la fórmula peronista Luder-Bittel al segundo puesto, con menos de seis millones y el 40 por ciento de los sufragios. La Argentina, de la mano de Raúl Alfonsín, inauguraría una nueva etapa.

#### IV. EL ALFONSINISMO: (DES)ILUSIONES INICIALES DE LA DEMOCRACIA

El 10 de diciembre de 1983, fecha en que Raúl Alfonsín asumió como presidente de los argentinos tras el retiro a la normalización institucional, es el momento histórico en que se inicia la difícil labor de consolidación de la democracia en la Argentina. Como se comentó, adicionalmente al clima favorable con el que normalmente inician los gobiernos legítimamente emanados de las urnas, el de Alfonsín se vio además beneficiado por un favorable estado de la opinión que tenía él en su haber producto de ser la figura central de una transición que pretendía dejar atrás un régimen autoritario de la naturaleza que tuvo la Argentina. Sin embargo, para resolver los draconianos desafíos que tendría que enfrentar el incipiente gobierno democrático, se requeriría de mucho más que del simple buen estado de opinión con que en ese momento contaba el gobierno.

Si bien en un principio se veía como un atributo de Alfonsín que no se le asociaran compromisos oscuros con los intereses del pasado, la falta de apoyo de cuadros políticos propios poseedores de las adecuadas herramientas políticas y técnicas de gobierno para conformar su gabinete, relativamente pronto se pondría en evidencia, de tal suerte que su élite dirigente era vista como relativamente joven, inexperta en asuntos gubernamentales, sin fogoso en la lid de la política. Por otra parte, un elemento central que utilizó Alfonsín para posicionarse en la opinión pública su programa económico, fue el de diferenciar la política económica del autoritarismo, con la "política económica de la democracia". Tratar de llevar al límite una "visión regenerativa" de la economía y sus actores, así como la negativa a negociar - estrategia percibida como contraproducente- con las corporaciones, en algún momento se convertiría en un *boomerang* para el presidente, ya que tarde o temprano tendría que establecer tratativas con las corporaciones

<sup>15</sup> Sería célebre su enunciación relativa a que con la democracia "se come, se vive y se sufre".

<sup>16</sup> Se trata justo de uno de los candidatos más jóvenes que usó a los primeros líderes del partido de la mano de Lorenzo Miguel. Esto es, dos personajes de dudoso prestigio al que anteriormente se hacía referencia, adversos al clima de opinión generado para obtener una definición electoral favorable.

para intentar sacar adelante un programa económico. Poco a poco, el gobierno iría dilapidando ese capital político que le fue dado de arranque, se iría tornando ineficaz y la oposición, principalmente la justicialista, cada vez tendría más capacidad de chantaje y boicot en el terreno legislativo.

Implementado por el ministro de Economía, Juan Sourrouille, el 14 de mayo de 1985 fue anunciado por el gobierno alfonsinista mediante un decreto de necesidad y urgencia y en un ambiente de "economía de guerra", el programa económico: el Plan Austral. El programa, que además de establecer un nuevo signo monetario (el austral), estaba dirigido a generar cambios en las privatizaciones y en los impuestos, en medio de la amenaza, una vez más, de la hiperinflación. Pretendía resolver problemas estructurales y coyunturales de la economía argentina. Si bien el programa tuvo algunos éxitos iniciales -tan es así que fue reconocido y premiado en las elecciones parciales de 1985- la magnitud de la crisis estructural y fiscal, pronto acabaría por absorber esos beneficios. Adicionalmente, el gobierno tuvo que pagar importantes costos por el programa de ajuste: sindicatos, peronismo, corporaciones (que de inmediato reactivaron la pujas por la distribución del ingreso), e inclusive una parte del propio radicalismo, resistieron el programa. El programa haría agua, y el electorado le dio la espalda al alfonsinismo, que perdió prácticamente en todas las provincias en las elecciones parciales de 1987.

En el terreno social, un aspecto central que tuvo que enfrentar el gobierno de Alfonsín era la manera en que la justicia argentina tendría que procesar el recuento de los daños en materia de derechos humanos durante el régimen militar. Alfonsín creó la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (la CONADEP), cuyo informe, conocido como *Nunca Más*, documentaría la desaparición de cerca de nueve mil personas.<sup>17</sup> En 1985, el juicio a las juntas militares -que estremeció al país por el contenido de los relatos exhibidos- representó entonces un activo imprescindible en la construcción de la democracia argentina, ya que se trató del restablecimiento del principio de la no impunidad en aras de constituir el perfil del Estado de derecho naciente. Durante su gobierno, y con el ánimo de ir dándole definitividad y certeza al complejo asunto, y de superar la dolorosa etapa, Alfonsín impulsó dos leyes sobre el siempre polémico y efervescente juicio a los militares: la ley de Punto Final (que establecía una fecha a partir de la cual se daban como concluidas las causas contra militares acusados) y de Obediencia Debida (que establecía el rango a partir del cual -por debajo de comandante militar- se entendía que los ejecutores de las violaciones durante el terrorismo de la dictadura actuaban no por voluntad propia, sino en cumplimiento de órdenes superiores; con la salvedad de que los que se hubieran extralimitado por decisión propia en el cumplimiento de dichas violaciones, no sería beneficiados por la ley en comento). Conocidas como las "Leyes del Perdón", desde su discusión y aprobación y hasta la fecha, estarían destinadas a ser objeto de fuerte polémica.<sup>18</sup>

Otro de los acontecimientos que no se puede obviar dentro del periodo de Alfonsín, son los motines de minorías militares que tuvo que enfrentar. Conocidos como los alzamientos "carapintadas", se sucedieron desde Semana Santa (abril de 1987), enero de 1988 (comandados ambos por Aldo Rico), y diciembre de ese mismo año (liderada por Mohammed Seineldín).<sup>19</sup> A

---

<sup>17</sup> Algunas organizaciones de derechos humanos llevan el número de las víctimas a treinta mil.

<sup>18</sup> Por ejemplo, dos momentos en que se atizó la polémica fueron en 1989, cuando Menem en uno de sus primeros mandatos de gobierno, otorgó los famosos indultos que beneficiaron tanto a jefes militares como a líderes montoneros, y recientemente ya bajo el gobierno de Néstor Kirchner, cuando fueron anuladas por el Congreso las Leyes del Perdón. Sobre ellas, todavía, en algún momento tendré que pronunciarme el Poder Judicial.

<sup>19</sup> Tras volver de Campo de Mayo donde Alfonsín fue personalmente a resolver el tema del alzamiento de Rico, utilizaba una de las frases que el oñilén político no le perdona: al mencionar ante la multitud en la Plaza de Mayo que "La cosa está en orden". Hacia diciembre de 1990, se da el cuarto y último alzamiento, ya durante la época de Menem, y de una naturaleza ciertamente diversa, el salto de un marginal grupo terrorista a un regimiento de Infantería, La Tablada, a principios de 1989.

estas alturas de la administración Alfonsín, su gobierno entraba en la etapa más crítica de deterioro. En agosto de 1988, y tras el agotamiento del Plan Austral, el gobierno dio a conocer el Plan Primavera, que tenía como propósito llegar a las elecciones de mayo de 1989 con la inflación relativamente controlada. El 6 de febrero de 1989 el gobierno anunció una devaluación, la cual fue el momento de largada de una carrera alucinante en la que ni los precios ni la cotización del dólar se dieron tregua. Llegarían así las elecciones del 14 de mayo de 1989. Con un deslucido desempeño en campaña del candidato radical, Eduardo Angeloz, aunado a la irritación social provocada por el manejo de la economía del gobierno saliente, el justicialismo, que presentó la fórmula Carlos Menem-Eduardo Duhalde, pudo imponerse cómodamente en las elecciones presidenciales. Sin embargo, la onda expansiva de la hiperinflación no terminaría allí: obligaría a Alfonsín a entregarle los atributos de mando a Menem seis meses antes de lo que el calendario estipulaba, de tal suerte que Alfonsín salió de la Casa Rosada el 9 de julio y no el 10 de diciembre, fecha que se supone debería ser en la que se produjeran las asunciones presidenciales-compartiendo así la suerte de sus antecesores radicales Arturo Frondizi y Arturo Illia de no concluir los mandatos para los cuales fueron electos. Arrancaba así la década menemista, y con ello la mitad de ciclo democrático que hasta hoy ha experimentado la Nación.

## V. ¿MENEMISMO O MENEMATO?

La construcción del liderazgo que generó Carlos Menem primero dentro del justicialismo y después en la vida política argentina en su conjunto, es una clara muestra de un proceso de ingeniería política. El PJ, que llegó diezmado y desarticulado al proceso electoral que aperturó el período democrático, tuvo la posibilidad de canalizar políticamente su derrota y se puso a trabajar en su reconstrucción interna. En el núcleo partidario de la compleja amalgama que es el peronismo, se encontraba por entonces el componente sindical, que si bien erosionado, tenía relativa capacidad para la formación de cuadros y la postulación de candidaturas. Es por ello que la reorganización y la recomposición del peronismo se dio puertas adentro, en un proceso donde tuvo un peso primordial el juego de las lealtades internas.

Desde mediados del período alfonsinista, fue articulándose una corriente dentro del peronismo, la Renovación, que progresivamente fue ganándole espacios a la conducción oficial del partido, representada por Herminio Iglesias. El crecimiento de la Renovación fue tal, que logró la división del bloque parlamentario en la Cámara de Diputados, y con el paso del tiempo, lograría imponerse dentro del partido. Tras el triunfo en 1987 de Antonio Cafiero -un histórico del peronismo- en las elecciones para gobernador en la Provincia de Buenos Aires, el también líder de la Renovación se perfilaba como el candidato natural de su partido y dadas las condiciones por las que atravesaba el gobierno radical, eventualmente, como el sucesor de Alfonsín. Sin embargo, el jefe de la Renovación y presidente del PJ, perdería la nominación a la candidatura presidencial, derrotado por uno de los integrantes del propio clan renovador, el gobernador de la provincia de La Rioja, Carlos Menem. Enarbolando un estilo político de corte tradicional, populista, fue ganando espacios de la periferia al centro de decisiones del peronismo. El éxito de Menem residió en que supo aglutinar una compleja y desarticulada red de apoyos que abrigó en su entorno a todo aquello que dejó fuera la renovación cafierista: militantes de extrema izquierda o derecha de los años setenta, caudillos y dirigentes locales, así como cúpulas sindicales, todos desplazados por Cafiero. Su red de lealtades le bastó para que en julio de 1988 alcanzara la nominación justicialista. Al año siguiente, la Presidencia de la Nación.

Menem llegó a la presidencia con un clima favorable para iniciar su gestión, tras el hartazgo social producto de la crisis económica. Y de inmediato empezó a apuntalar un estilo de gobierno que era el agua y el aceite, comparado al de su antecesor. Si bien es cierto que los contextos de exigencia y decisión eran diferentes, como lo señalan Novaro y Palermo:

*"Menem [...] no vaciló en abrazarse rumbosamente al mundo empresario. Esa decisión constituyó, en realidad, el meollo de su estrategia de creación de capacidades de gobierno para dar cuenta de la crisis del Estado: se apuntó a la conformación de una coalición entre un gobierno que disponía de un fuerte respaldo popular y quienes se suponía podían controlar las variables económicas. El instrumento para lograrlo, las reformas estructurales de cuño neoliberal, acompañada por la voluntad de hacer suyo el diagnóstico que endilgaba al estatismo y al populismo la responsabilidad por la decadencia y la inflación, permitiría extender la invitación a sumarse a la coalición de gobierno a los sectores medios que, en su mayoría, no lo habían votado".<sup>20</sup>*

Esto es, una vez convertido en presidente, Menem se encargó de reproducir la estrategia de reproducción de alianzas que tan buen resultado le había dado al interior del peronismo, pero ahora en la construcción de capacidades, cuadros y espacios políticos concretos que le permitieran llevar adelante lo que sería la joya de la corona de su gestión: el programa económico. La construcción de esas capacidades de gobierno sería la característica del primer tramo de su gestión (que abarca desde su asunción hasta 1991). Ataviado en un discurso y una actitud casi mesiánica, en público Menem apelaba a los humildes y las masas, quienes tarde o temprano recibirían las bondades del "salariazo" y la "revolución productiva", mientras que en privado tejía alianzas con los grandes intereses corporativos. Así iba construyendo su coalición de apoyos entre los que en apariencia parecían sectores excluyentes.<sup>21</sup> Se trataba de un momento en el que el contenido de lo "peronista", alcanzaba un grado mayor de polisemia. Nacía entonces el estilo decisionista y populista que cultivó Menem a lo largo de su gobierno.

Tras dos años de ese proceso de construcción política, es hacia 1991 que Menem puede cabalmente imponer su programa económico de gobierno. Dos fueron sus grandes ejes, implementados por el polémico ministro de Economía, Domingo Cavallo: la Ley de Convertibilidad -la niña de los ojos del programa- que fijó el valor de la moneda argentina a la par del dólar estadounidense (el famoso "uno a uno"), y el procedimiento de privatización de las empresas de servicios públicos en manos del gobierno. Por la situación imperante en la economía mundial, los cánones impuestos por los organismos internacionales de financiamiento (el *Washington Consensus*) y por el período cronológico que le correspondió, al gobierno de Menem le tocó realizar la más grande etapa de adelgazamiento del Estado, si bien el arranque del proceso de privatizaciones y la visión neoliberal de la economía, ya se venía dando desde gobiernos anteriores. Así las cosas, muchos de los servicios públicos que en manos del Estado se realizaban de manera ineficiente por una elefantesca burocracia, fueron sometidos al proceso privatizador. Si, en efecto, era adecuado el diagnóstico de que era absurdo que algunos servicios siguieran en manos del Estado, lo que a la postre resultaría catastrófico para la economía argentina, fue la falta de los controles indispensables para que las privatizaciones se dieran en un marco de transparencia, adecuadas condiciones de competencia y de beneficios mínimamente equilibrados entre las partes (Estado, empresas proveedoras y consumidores).<sup>22</sup> Aquí estaría, en parte, el germen de la más grave crisis que el país experimentaría en democracia.

Pero es justo en los momentos de esplendor de la economía menemista, que el presidente impulsa la reforma política del Estado más importante de su gobierno, que fue la modificación

<sup>20</sup> NOVARO y PALERMO, *Política y Poder en el Gobierno de Menem* (Buenos Aires: Norma-Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, 1996), pp. 130-131.

<sup>21</sup> A esto debe añadirse el llamado a construir un gobierno de unidad con firme conducción. Se retomaba apelación a que "le entregaran un gobierno en llamas", era una muestra de ello.

<sup>22</sup> Especialistas en el tema consideran que para la Argentina, además de los lineamientos impuestos por el Fondo Monetario Internacional en materia de privatizaciones, parecía más importante el ritmo que la calidad del proceso de privatización: esto es, un más urgente que se hiciera rápido, a que se hiciera progresivo.

de la Constitución, con un diseño que calzaba perfectamente con sus ambiciones reeleccionistas, y que fue posibilitada gracias al acuerdo con el ex presidente Alfonsín, líder del radicalismo. Así pues, el acuerdo político de 1994, denominado Pacto de Olivos, posibilitó la reelección de Menem al año siguiente.<sup>23</sup> Pero la ambición presidencial de Menem no quedó ahí: consiguió, por parte de la Corte Suprema –a la que en su momento oportuno intervino para aumentar su número de integrantes, creando así lo que se denominaría “mayoría automática”, y que le serviría para convalidar decisiones e intereses de gobierno que llegaran a esa instancia; “mayoría adicta” que posteriormente sería severamente cuestionada– una interpretación que le permitiría presentarse a elecciones para buscar un nuevo mandato una vez concluido el cuatrienio de su sucesor, que teóricamente tendría que darse al finalizar el gobierno 1999-2003.

Menem conseguiría ganar la elección, como lo había hecho justo seis años atrás, el 14 de mayo de 1995. Sin embargo, hacia 1997 los números de la economía empezaron a jugarle en contra al presidente. El anclaje del peso argentino con el dólar producto de la convertibilidad, pronto mostraría cuán ficticia era la aparente fortaleza de la moneda nacional. La Argentina, que siguiendo las tendencias regionalizadoras de otras partes del mundo había decidido tiempo atrás unirse con Brasil, Paraguay y Uruguay para conformar el Mercosur, entraba en una fase de constricción económica. La interdependencia financiera hizo que ya desde 1995 se hubieran empezado a sentir en el país las consecuencias de la crisis mexicana de 1994-1995, el llamado “efecto tequila”. A eso habría que sumarle el estancamiento económico, el aumento en el desempleo, el deterioro del aparato industrial nacional, producto del valor de un dólar que favorecía las importaciones en detrimento de la producción local y, en enero de 1999, hizo eco en el país la devaluación de la moneda del principal socio comercial de la Argentina en la región, el real brasileño. Aunado a todas las variables del escenario económico, en el país se iba gestando un clima de opinión que empezó a satanizar los abusos, excesos, opacidades y escándalos de corrupción en los que se vieron envueltos los colaboradores más cercanos del presidente, e inclusive el propio Menem.<sup>24</sup> Era, pues, el surgimiento de un clima de opinión que expresaba así su hartazgo ante la percepción de altos niveles de corrupción en las prácticas y políticas del gobierno menemista.<sup>25</sup> Ese era, en términos generales, el panorama que enfrentaba Menem al concluir su segundo mandato y al celebrarse las elecciones presidenciales de 1999.

## VI. DE LA RÚA, LA CRISIS DE DICIEMBRE DE 2001, DUHALDE Y KIRCHNER

Al final de una década de gobierno de Menem, y al no poder él mismo presentarse en las elecciones de 1999, el justicialismo presentó a Eduardo Duhalde como candidato a la Presidencia. Duhalde fue el primer vicepresidente de Menem; posteriormente, gobernador de la poderosa Provincia de Buenos Aires, y al momento de celebración de las elecciones, ya habría establecido

<sup>23</sup> Entre otras, las disposiciones más importantes derivadas de la reforma constitucional de 1994 son las siguientes: creación de la Jefatura de Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, cuyo titular (denominado jefe de gobierno) es electo por elección directa; la elección de tres senadores por provincia (y de la Capital Federal); la reducción del periodo presidencial de seis a cuatro años; la implantación del sistema electoral a doble vuelta, o *ballotage* para la elección presidencial; la reelección del presidente y vicepresidente por un periodo consecutivo; la extensión del periodo ordinario de sesiones del Congreso; creación de la figura de jefe de gabinete; y una regulación sobre la facultad presidencial en materia de decretos de necesidad y urgencia.

<sup>24</sup> Muchos son los escándalos de corrupción en los que se pasó en un momento el nombre de Menem. Tal vez el más grave de todos, fue cuando se le relacionó con estar involucrado en la voladura de una terminal judía en Buenos Aires, la AMIA, en julio de 1994. Se trataba, por otra parte, del segundo ataque terrorista realizado contra objetivos judíos en la capital de la Argentina durante el gobierno de Menem, ya que el 17 de marzo de 1992, el terrorismo hizo blanco en la Embajada de Israel. Después de la voladura de la AMIA, un accidente de aviación (la caída del helicóptero en que viajaba) produjo la muerte de Carlos Menem hijo. Versiones periodísticas relacionaron las circunstancias del accidente como una posible represalia del gobierno iraní que fuera señalado con responsabilidad intelectual del atentado a la AMIA. Actualmente, las investigaciones sobre la causa AMIA siguen en curso.

<sup>25</sup> Tiempo después, hacia 2001, la causa sobre la venta ilegal de armas argentinas a Ecuador en ocasión del conflicto limítrofe que el país andino sostuvo con Perú, llevó a Menem a pasar varias semanas, bajo arresto domiciliario, en prisión.

un notorio antagonismo con su ex compañero de fórmula presidencial. Del otro lado, la principal oposición electoral se constituyó en un frente de dos partidos, el radicalismo y una fuerza política de extracción porteña que tuvo un buen desempeño electoral en el segundo lustro de los años noventa, el Frente País Solidario (FREPASO). Ambos partidos constituyeron la Alianza, que presentó la fórmula de Fernando de la Rúa para presidente y Carlos Álvarez para vicepresidente. El estilo sobrio, moderado y de honestidad que fue el perfil que cultivó De la Rúa -quien hasta ese momento había tenido un buen desempeño electoral, ganando incluso la primeras elecciones para jefe de gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, su cargo inmediato anterior- contrastaba radicalmente frente a los excesos y el halo de desprestigio con el que Menem concluyó su gobierno. El electorado entonces votó masivamente no solo con la mano en el bolsillo, sino con el mensaje de darle un saneamiento a la política. Fernando de la Rúa se impuso cómodamente a Eduardo Duhalde, y desde el 10 de diciembre de 2001, ocupó el despacho principal de la Casa Rosada.

Sin embargo, para el contexto de exigencia y de decisión que tendría que enfrentar De la Rúa, quedó muy pronto comprobado que un estilo sobrio de hacer política no sería ni cercanamente suficiente para sortear los dramáticos conflictos que tendría que resolver. Muy breve sería ese periodo de opinión favorable con el que cuentan los gobiernos revestidos de la legitimidad electoral en el caso del aliancista encabezado por De la Rúa. La situación económica no daba tregua, deteriorándose cada vez más, en tanto que ya se avisaba una crisis política y partidaria de envergadura: a pocos meses de haber asumido, el vicepresidente, Carlos Álvarez se separaba del cargo tras denunciar hechos de corrupción en el Senado (cuerpo legislativo del cual Álvarez era presidente, en tanto vicepresidente de la Nación). La prematura salida de Graciela Fernández Meijide del Ministerio de Bienestar Social y de Álvarez de la Vicepresidencia de la Nación (siendo ambos los principales referentes del FREPASO), constituyeron la ruptura de la coalición electoral que respaldó a De la Rúa. Internamente, también dentro del radicalismo empezaron a sumarse las voces inconformes con la gestión del aliancista. En tanto, la crisis económica continuaba profundizándose. Como un esfuerzo desesperado para tratar de llevar el barco a puerto, De la Rúa convocó a Domingo Cavallo -el que fuera, junto con Menem, el artífice de la convertibilidad y que concluyó de manera muy desgastada su relación con el ex presidente- para que ocupara nuevamente en Ministerio de Economía. Mientras tanto, se generalizaba e incrementaba la percepción sobre la incapacidad política de la gestión del aliancista para encontrar solución alguna a la crisis gubernamental. Cosas de política: el pecado de De la Rúa no fue la acción, sino que fue severamente juzgado por la omisión, por todas las decisiones que debió de haber tomado y no hizo.

En las elecciones intermedias de octubre de 2001 el gobierno recibió un duro revés. Estaban así dadas las condiciones propicias para el estallido de la crisis más violenta que haya experimentado la Argentina desde el retorno a la democracia. A principios de diciembre de 2001, y como última medida desesperada por parte del gobierno para reconvenir el rumbo de la economía, Cavallo anunció la limitación -prácticamente incautación- de los depósitos bancarios en todos los instrumentos. La medida, conocida como "el corralito", como era lógico, envió en el acto a los ahorristas. Iniciarían así las protestas de las clases medias, rápidamente denominadas como "cacerolazos" que se unieron al ya de por sí grueso contingente de sectores desconformes con el gobierno. La protesta del 20 de diciembre de 2001 en el centro político e histórico neurálgico del país, la Plaza de Mayo, y la reacción que tuvo el gobierno para sofocarla, produjeron un grave saldo negro (quizá una veintena de muertes). El epitafio del gobierno de De la Rúa estaba escrito: esa misma noche saldría expulsado de la Rosada, tras haber presentado su renuncia al Congreso. Compartiría así el destino de sus antecesores radicales de no poder concluir completamente el mandato presidencial. Se daría entonces una breve pasarela de presidentes interinos y transitorios, hasta que finalmente, por imperio de la contradicción, Eduardo Duhalde, aquel hombre al cual el electorado en 1999 le espetó masivamente que no quería ver al frente de la Casa Rosada, ocupó el Sillón de Rivadavia con la finalidad de concluir el mandato iniciado por

De la Rúa. Con Duhalde concluyó la era de la convertibilidad al darse un proceso devaluatorio del peso argentino, que desde entonces comenzó a fluctuar libremente. El paso de Duhalde por el gobierno tuvo como propósito ir estableciendo los cimientos de la reconstrucción nacional tras haber vivido la Argentina la más grave crisis económica, política y social que en su conjunto experimentó el país desde su retorno a la democracia en 1983. En esa labor se vería beneficiado del respaldo de su último ministro de Economía, Roberto Lavagna, quien tuvo la capacidad de generar confianza y resultados entre los medios económicos y financieros nacionales e internacionales.<sup>24</sup> A mediados de 2002, la muerte de dos manifestantes (del conocido movimiento "piquetero") en la localidad conurbana de Avellaneda, en la Provincia de Buenos Aires, determinó la retirada del gobierno duhaldistas, para lo que se establecieron fechas de renuncia de Duhalde, de convocatoria a elecciones y de alargamiento de la nueva administración, que iniciaría el 25 de mayo y no el 10 de diciembre de 2003, como correspondería, y que se decidió así con el propósito de no tener un interinato más. Del "anómalo" proceso electoral del 27 de abril de 2003, y tras no haberse presentado el candidato que quedó en aquella jornada en primer lugar -Carlos Menem- a la segunda vuelta, o *ballottage* del 18 de mayo, Néstor Kirchner fue designado por el Congreso como presidente constitucional de los argentinos para el periodo que abarcaría del 25 de mayo de 2003, al 10 de diciembre de 2007.<sup>25</sup> A su gobierno, de escasos seis meses, que hasta el momento ha tenido una aceptación extraordinaria -a pesar de la precaria legitimidad de origen con la que arrancó al no verse beneficiado del ficticio respaldo generado por las mayorías creadas artificialmente en segundas vueltas electorales- le corresponde cerrar el ciclo de los veinte años de democracia en la país.

## VII. A MANERA DE CONCLUSIÓN

En términos biológicos de una especie, veinte años no significan prácticamente nada. En procesos históricos, pueden significar muy poco. Pero en la historia política contemporánea de la Argentina, sin duda, el mismo período tiene una enorme trascendencia. En veinte años de democracia, la Argentina tiene una larga lista de haberes y deudas. Quisiera concluir con un breve comentario de un sólo logro y una cuenta por saldar.

En primer lugar, la deuda. Los sucesivos y coyunturales deterioros económicos han contribuido a apuntalar el carácter de crisis estructural de la economía y las finanzas argentinas. Si bien los momentos de crisis no han sido inusuales a lo largo de la historia del país, nunca los indicadores socioeconómicos habían llegado a niveles tan bajos como los establecidos tras el estallido de la crisis de diciembre de 2001. Los niveles de pobreza e indigencia que alcanzan desde entonces a una significativa capa de la población, no se habían presentado antes. Era algo que la Argentina próspera, "el granero del mundo", no estaba acostumbrada a tener en tal magnitud. La dolorosa actualidad de la pobreza en la Argentina -distintos indicadores llegan a coincidir en cifras que están en el orden de la mitad de la población- es una de las demandas que la democracia no ha podido resolver. La situación es aún más grave si se toma en cuenta que de no revertirse esa tendencia, habrán generaciones -si no es que ya hay alguna- que hayan establecido una relación de dependencia con el Estado, sin posibilidad alguna de reinsertarse

<sup>24</sup> El desempeño de Lavagna en su labor al frente del Ministerio de Economía fue reconocido al permanecer en el cargo, y hasta la fecha, como parte nuclear del gobierno de Néstor Kirchner.

<sup>25</sup> Una lectura personal de las particularidades de ese proceso electoral se encuentra en "Paradoja de los dieciséis presidenciosos del 2003 en la Argentina: Apuntes de un proceso de excepción", en *Actualidad Jurídica*, Gaceta Jurídica, Lima, tomo 115, junio de 2003, pp. 53-64. Cabe destacar que en ese momento el electorado argentino parecía no reconocerse, al menos nominalmente, en la oferta partidaria que se le presentaba. A partir de la elección presidencial se desdobló el calendario electoral de las provincias que parece mostrar, hasta el momento, una reconversión conservadora al sistema de partidos tradicional argentino. Es decir, no es un resultado distante al de otras épocas en el que el peronismo se consolida como la principal fuerza del país, mientras que el radicalismo, sobre el que algunos estudiosas presionan el estallido tras el primer desmoronamiento en la elección presidencial, consigue alguna recuperación electoral provincial.

productivamente en el crecimiento y desarrollo del país. La inadecuada aplicación de los planes sociales y el auge del denominado movimiento "piquetero" son focos de alarma en ese sentido. Tras veinte años de las elecciones de octubre de 1983, la experiencia argentina no podría más gráficamente enmendarse la plana a Raúl Alfonsín: la democracia no es un sistema que mágicamente distribuya bienes básicos entre la totalidad del tejido social. Con la democracia no necesariamente se come, se cura y se educa. He ahí su rezago mayor.<sup>24</sup>

La otra cara de la moneda la representa la democracia como un sistema de creencias, como una "forma de vida",<sup>25</sup> positiva *per se*, que se fue enraizando en la sociedad argentina. Esto es comprensible a la luz de compararla con la brutal experiencia autoritaria previa a su reestablecimiento. Si se hace un balance que tome en cuenta la larga penuria económica, enfatizada por traumáticos momentos, así como las golondrinas etapas de cierto bienestar, llegar a la conclusión recién descrita no es poca cosa. En dos ocasiones las jóvenes instituciones democráticas en la Argentina se pudieron ver amenazadas. Una, muy tempranamente en 1989 con la retirada anticipada del gobierno de Alfonsín (con la crisis económica y los alzamientos militares como telón de fondo) y, de mayor envergadura, en diciembre de 2001, cuando se interrumpió en la mitad de su mandato el gobierno de Fernando de la Rúa. El promisorio dato aquí es que a pesar de haber experimentado recientemente la mayor amenaza a la democracia tras su reestablecimiento veinte años atrás, y tras quedar comprobado que por sí misma no garantiza el bienestar y la felicidad, la sociedad argentina mostró una fuerte convicción para defenderla, y se aferró a ella dejando definitivamente sepultada cualquier solución militar alternativa.<sup>26</sup> El enraizamiento de la convicción democrática en la sociedad y en las instituciones políticas argentinas, aunque sujeto de revisiones, es el gran acontecimiento que se celebra a veinte años del retorno a la democracia, y se pronostica de largo aliento.

<sup>24</sup> Recientemente, la lucidez de Beatriz Sarlo ha llamado a no olvidar en la dimensión de las tareas urgentes (el combate a la miseria), a las necesarias tareas por venir que no ocupan sólo por su urgencia (la reforma política). SARLO, Beatriz, "La deuda política de la democracia", en *La Nación*, Buenos Aires, 26 de octubre de 2003, sección 7, p. 11.

<sup>25</sup> Empleando la expresión de Sándor Chereky en *La democracia tiene que reaprender a vivir*, en *Clarín*, Buenos Aires, 30 de octubre de 2003, p. 29.

<sup>26</sup> Primero desde el preguerra y posteriormente desde la organización Alfonsín y Menem dentro sucesivamente pasos decididos para lograr la subordinación de las fuerzas armadas a la autoridad civil. Desde entonces las fuerzas armadas se avocan a la redefinición de roles institucionales y al aprovechamiento de oportunidades (colaboración en misiones de paz, India contra las nuevas amenazas etc.). Entre la amplia bibliografía que tiene sobre el tema, ver FONTANA, Andrea, *Nuevas amenazas: implicaciones para la seguridad internacional y el empleo de las Fuerzas Armadas*, Facultad de Estudios para Graduados, Universidad de Belgrano, Buenos Aires, mayo de 2002.